

ro al seno de María; y María vino á ser el cielo de Dios encarnado. Por eso San Juan Crisóstomo la saluda en estos términos: "Ave Mater Cœ-  
"lum"<sup>1</sup>. "Dios os guarde, oh madre, que sois el cielo." Más despues de haber descendido el Señor quiso permanecer entre nosotros: el cielo del Dios de la Eucaristía, es el Tabernáculo donde habita.

— ¡Oh cielo que estas tan cerca de mis miserias, cielo donde vive de asiento la misericordia, hácia Vos, dirijo mis miradas, preguntándome, ¿ qué hay para mí en el cielo que no esté en el Tabernáculo . . . ? Allá, lo mismo que acá, está el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda una eternidad.

"segundo Adván. que es Jesucristo, vino del cielo y quedó celeste. Y á mí  
"como de tierra humana y humana como de celo celestial."  
"Jesucristo no permaneció sobre la tierra mas que para instruir á los hom-  
"bres con su vida, y rescatarlos por medio de su sangre y de su muerte. Ve-  
"nido del cielo, volvió al cielo y allí habita su santa humanidad, colocada á  
"la diestra de su Padre."

VIII

"El cielo. El cielo es tambien la mansion que Jesucristo me tiene pre-  
"parada. Mas ¿ qué vida futura es esa por la que tanto suspiras mi alma? ¿ Qué  
"clase de infinita felicidad es la que está prometida á mis trabajos? ¿ Qué se-  
"ñal verá Dios para darme á cargo, y darme á mí, en su mansion de delicias de  
"la que está escrito que la fertilidad de sus nocces criará á las bienaven-  
"turadas y santas los Angeles mismos? Es el cielo, ¡ OH! ¿ qué vil parece  
"la tierra despues de haber contemplado la grandexa del cielo? El ámbra-  
"mento mismo, con su espléndida belleza, no parece sino una débil sombra  
"cuando levantando hacia él nuestra contemplacion, descubrimos ese cielo  
"como término de nuestras esperanzas y como la mansion eterna de los es-  
"cogidos!"

"Y ¿ qué debere hacer para llegar al cielo? Imitar al hombre celestial,  
"que es Jesucristo, y vivir una vida verdaderamente espiritual: el medio más  
"seguro para llegar al cielo, es comenzar á vivir desde aquí abajo con la  
"vida del cielo. Nuestra conversacion—dice el Apóstol—debe estar en los  
"cielos"; y luego añade: "Busquemos lo que está arriba, gustemos las  
"cosas de lo alto."

"¡ Oh Dios mío! ¿ Quién me diera el estar aspirando incessantemente ha-  
"cia Vos, y que con medio de todos los objetos visibles que me rodean, ince-  
"santemente estuviera aspirando por la patria invisible del cielo!"

IX

"El Señor ha inclinado los cielos y ha descendido." Descendió prime-

1 Serm. ap. Metaphr.

1 Lev. LXIV, 1.  
2 1ª ad Cor. XV, 47.  
3 1ª ad Filip. III, 20.  
4 2ª ad Colos. III, 1 y 2.  
5 Ps. XVII, 10.

"del di. no sol, que cuando parece que se anegaba, es para dejar ver con  
"mas facilidad subsistiendo siempre como una luz verdadera para iluminar  
"el todo hombre que viene á este mundo."  
"Consideremos ahora aquellas perfecciones de una del Señor, de las que  
"el sol no viene á ser mas que una imagen imperfecta."  
"Dios crió el sol para comunicar á la tierra la luz y el calor de que tanto  
"necesita, y ese astro del día, dócil á la voz que lo llama á los espacios del  
"cielo, jamás ha dejado de cumplir su mision con toda exactitud. Importan-  
"tísimo poco lo que pasa sobre la tierra, la ilumina y calienta con sus rayos.  
"Que el mundo esté tranquilo, que los imperios y reynos, las  
"siempre luce con todo esplendor, es solo la campaña pacífica, como en  
"el mundo."

EL SOL.

El sol preside al día.—Por su magnificencia nos hace pensar en el Creador.—Nos trae á la memoria la Providencia de Dios, su vigilancia y su invisible esplendor.—Jesucristo sol de justicia.—El antiguo y el nuevo sol.—El Oriente en Belem.—Ninguno se esconde del calor de Jesucristo.—El Ocaso en el Calvario.—La Iglesia.—Los apóstoles rayos del sol.—Los justos brillando como el sol.—María comparada á la aurora.

I.

**D**IOS crió desde el principio dos grandes luminares: el primero para presidir al día, esto es el sol.<sup>1</sup>  
Oigamos á San Ambrosio exponiendo estas palabras:  
"El sol se levanta del Oriente: ¡ oh hombre, purificad los ojos de vues-  
"tra alma, y que el polvo del pecado no empañe la vista clara de vuestro  
"corazon! Purificad vuestros oidos para recibir como en un vaso puro y  
"limpio, los torrentes impetuosos de la divina palabra. El sol se levanta  
"iluminando el mundo como foco de la luz y del calor: él es el ojo del uni-  
"verso; regocija el día, embellece los cielos y derrama la hermosura en  
"la naturaleza: por todo esto obtiene el primer lugar entre las cosas crea-  
"das. Mas cuando veamos el sol, no nos olvidemos de su Autor: cuando  
"lo admiremos como el más hermoso de los astros, alabemos á Aquel que  
"le creó. Si amais tanto este grandioso luminar, que no es mas que una cria-  
"tura semejante á las demás, ¡ cómo no amar al divino sol de justicia! En  
"su rápido curso, el sol necesita de un día y de una noche para iluminar  
"con sus rayos la extension del mundo, mientras que el sol divino la abra-  
"sa con un solo acto de su voluntad, llenándola por todas partes de su  
"magedad. Y si aquel astro os parece inmenso en medio de su grandeza,  
"cuando siguiendo el curso de las horas, se vá retirando ó aproximándose  
"por todos los puntos del globo para iluminarlos á su vez, ¿ qué diremos

1 Genes. I, 16.

“del divino Sol, que cuando parece que se anonada, es para dejarse ver con más facilidad subsistiendo siempre como una luz verdadera para iluminar á todo hombre que viene á este mundo.”<sup>1</sup>

## II.

Consideremos ahora aquellas perfecciones divinas del Señor, de las que el sol no viene á ser mas que una imágen imperfecta.

Dios crió el sol para comunicar á la tierra la luz y el calor de que tanto necesita, y ese astro deI día, dócil á la voz que lo lanzara á los espacios del cielo, jamás ha dejado de cumplir su mision con toda exactitud. Importándole poco lo que pasa sobre la tierra, la ilumina y calienta con sus rayos.

Que el mundo esté tranquilo ó agitado por sus inquietudes y revueltas, él siempre luce con todo su brillo, así sobre la campiña pacífica, como en el campo de batalla.

Que los hombres obedezcan á Dios ó que se rebelen contra su Magestad, el sol hace que cada año levanten sus cosechas.

Por todo esto se comprende cómo el sol es la imágen de la bondad de Dios, que tiene cuidado de todas sus criaturas, pues á ninguna de ellas rehusa sus beneficios, sino que, por el contrario, hace que brille indistintamente este astro sobre los buenos y sobre los malos.

Imágen de esa bondad inflnita, nos ayuda el sol igualmente á comprender la vigilancia y el cuidado de Dios con nosotros.

Este astro es el ojo de luz que está abierto para ver toda la naturaleza. Oigamos lo que sobre esto nos dice el Escritor sagrado.

“Los ojos del Señor son mucho más brillantes que el sol.”<sup>2</sup> El impio cuando peca, queda envuelto en las tinieblas y dice: “Nadie me ve.” ¡Miserable! ¡Cuánto se engaña! Dios lo ha visto; porque los ojos del Señor son más resplandecientes que el sol.

Finalmente, por su brillo y esplendor el sol viene á ser el símbolo de la magnificencia de Dios: por eso el Rey Profeta nos presenta este astro como el Tabernáculo donde Dios se abriga.

¡Oh hombres, si vuestros ojos se deslumbran al fijarlos en esa débil criatura, ¿cómo teneis el atrevimiento de poner en duda los eternos resplandores de Dios?

## III.

Los Doctores de la Iglesia están de acuerdo en reconocer al sol como una figura de Jesucristo, cuya venida anunciaba á los hombres el Profeta Malaquías en estos términos: “Para vosotros los que teneis mi Nombre, “nacerá el sol de justicia. *Orietur sol justitiæ.*”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> D. Ambr. Hexam. IV, 1.

<sup>2</sup> Malach. IV, 2.

“Mas no penseis—dice San Agustín—que nosotros adoramos al sol porque nos lo presenta la Sagrada Escritura como una imágen de Jesucristo: entonces necesario fuera tambien que adorásemos á la piedra, puesto que la piedra significa frecuentemente á Jesucristo; á la oveja, por razon de que Él, fué conducido como una oveja al sacrificio; y al leon porque Él es el Leon de la tribu de Judá. . . . No, de ninguna manera: estas criaturas solo son otras tantas imágenes de Jesucristo. ¿Quereis saber lo que Él es realmente por sí mismo? Oigamos á San Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.”

“Ved aquí á Cristo que os ha creado. ¿Necesitareis despues de haber oido esto el que se os dé á conocer más claramente á Aquel que os ha sacado de la nada? El mismo San Juan nos lo enseña cuando dice: “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.”<sup>1</sup>

El Padre San Ambrosio, interpretando esta misma figura de Jesucristo, llama al astro que nos ilumina, sol antiguo y lo compara al nuevo, que es el Salvador del mundo, diciendo:

“Yo llamo sol antiguo á aquel que sale y desaparece, ó al que una ligera nube ó un lienzo de pared bastan para oscurecerlo. Llamo sol antiguo á aquel que está sujeto á todas las mudanzas de la tierra, que teme extinguirse, y que tiene miedo al juicio de Dios, pues está escrito: “que el sol se cambiará en tinieblas.” “Llamo sol antiguo á aquel que permanece inmutable, ante los crímenes de los hombres; que no huye horrorizándose del adulterio, y que no se esconde delante del homicida. . . .”

“Ved aquí el sol antiguo: y el nuevo ¿cuál será, si no Jesucristo, del que estaba anunciado: que se levantaría sobre nosotros como sol de justicia? En efecto, cuando el mundo estaba envuelto en las tinieblas y crímenes del demonio, Él se ha levantado rasgando el velo de la noche ántes de esparcir su luz, á la que precedieron los tempranos oráculos de los Profetas; cumpliéndose así lo que estaba escrito: “Enviaré á mis Profetas ántes de la luz.”

“Y despues Él mismo con sus rayos, que son los Apóstoles, arrojó tal esplendor sobre el mundo, que las tinieblas del infierno se disiparon.

“Este nuevo sol es el que rompe todas las barreras, el que abre las puertas infernales y se introduce suave y dulcemente en los corazones; es el que con su espíritu restituye la vida á lo que está muerto; purifica lo manchado, y consume con el calor de sus rayos toda la escoria de nuestras culpas. Él es el que mira atentamente todas nuestras obras, más bien para arreglarlas y corregirlas, que para condenarlas por su maldad.”

“Además, este sol justo y sábio, no se limita como el sol del firmamento á ver con indiferencia, lo mismo el bien que el mal, sino que en el día de su justicia, se levantará para arrojar con su vista á las almas santas y se ocultará como si llegara á su ocaso para aterrar y confundir á los pecadores.

“Entre estos dos soles, hay esta notable diferencia: “que el primero te-

<sup>1</sup> S. Aug. in Ps. CIII, serm. III, 20.

“me el juicio; y el segundo es el Juez que amenaza y condena. El primero es solamente el ministro que se vá gastando con una vida perecedera; el segundo es el Rey de la eternidad. El primero es una criatura; el segundo es el Creador.”<sup>1</sup>

## IV.

El sol de justicia se levantó naciendo en Belem, pero entónces no fué para nosotros más que una luz de dulcísima misericordia que se derramaba en los hombres. Así nos lo asegura el Profeta Zacarías, cuando dijo: “Que conmovidas las entrañas de su misericordia, nuestro Dios se dignó visitarnos saliendo como el Oriente de las profundidades de la noche.”<sup>2</sup>

“Él se levanta, y en el instante—agrega el Rey Profeta—hélo ahí que sale de su lugar como un gigante para terminar su carrera, esparciendo por todas partes la luz y el calor<sup>3</sup> de que nadie escapará.” Abramos el Evangelio, y ¿quién habrá que no se encienda en los más vivos afectos ante la presencia de ese Astro verdaderamente divino?

Es verdad que este sol invisible parecía ocultarse bajo el velo de su humildad: mas no obstante esto, un día consintió en que se corriese ese velo. Se trasfigura en el Tabor delante de tres de sus discípulos, y al instante apareció su rostro resplandeciendo como el sol.

Además, este Astro que nació en Belem, vino á desaparecer en el Calvario: también se oscureció el sol en la muerte de Jesucristo.

El salmista predijo “que el sol conocería su ocaso”<sup>4</sup> y “Jesucristo—agrega San Agustín—conoció el momento de su muerte. El ocaso de este di— vino sol, fué su pasión: llegando como llegó á su ocaso, ¿no volverá á levantarse? ¿durmiendo con el sueño de la muerte en el sepulcro, no resucitará?”<sup>5</sup> “Sí—dice también David—porque Él ascendió sobre su ocaso. *Ascendit super occasum suum,*”<sup>6</sup> y el mismo Santo Doctor nos explica esto, diciendo: “que Jesucristo triunfó de su ocaso por su resurrección.”<sup>7</sup>

Después de resucitado no retiró de la tierra ni su luz ni su calor: la Iglesia conserva ambas cosas, que recibió de Él como una herencia que debía distribuir entre sus hijos. Por esta razón en el Apocalipsis se nos pinta á la Iglesia bajo el simbolo de una mujer revestida del sol. *Mulier amicta sole.*<sup>8</sup>

## V.

Ya nos enseñó San Ambrosio que los Apóstoles vinieron á ser como ra-

1 S. Ambr. de Nat. Chri. Serm. X.

2 S. Luc. I, 78.

3 Ps. XVIII, 16.

4 Ps. CIII, 19.

5 In ps. CIII, serm. III, 21.

6 Ps. LXVII, 5.

7 In ps. dic. 4.

8 Apoc. XII, 1.

yos del sol de justicia: porque efectivamente, cuando llegó el momento en que Jesucristo tenía que abandonar á sus Discípulos, dirigió á su Padre esta tiernísima oración.

“Haced que yo esté en ellos, como Vos estais en mí, á fin de que todos reunidos, quedemos enlazados y tan unidos como si fuéramos uno.”<sup>1</sup>

Por razón de esta unión con el Astro divino, pudo decir con verdad el Autor del Sagrado Libro del Eclesiástico, hablando de los justos: “Sus obras brillarán como el sol en la presencia de Dios.”<sup>2</sup> Y el mismo Jesucristo anunciando á sus Discípulos el porvenir que les preparaba, les decía también: “Los justos brillarán como el sol, en el Reyno de mi Padre Celestial.”<sup>3</sup>

Preguntémosnos ahora, si ¿entre las luces espirituales que nos vienen de parte del sol de justicia, y los esplendores divinos á que nos invita, habrá una estrecha armonía? Sí, sin duda: y el Apóstol San Pablo nos la explica con magníficas palabras, diciéndonos: “Que cuando nos fuere dado contemplar sin velo la gloria de Dios, seremos transformados en una misma imágen, elevándonos de claridad en claridad, iluminados por el Espíritu de Dios.”<sup>4</sup>

## VI.

Si nosotros adoramos á Jesucristo bajo el simbolo del sol, la Iglesia considera frecuentemente á María con el nombre y bajo la figura de la aurora. A María es á quien aplica aquellas palabras de los cantares: “Como la aurora que se levanta.” *Quasi aurora consurgens.*<sup>5</sup>

La aurora no es el sol, pero le precede.

La aurora no es el sol, pero la luz que de él recibe, la derrama en el horizonte.

¡Oh! ¡Con cuánta propiedad pueden aplicarse estos dos pensamientos á María!

Entre Jesucristo y María, hay una distancia infinita: no obstante, ella vino á anunciar al mundo la venida de su divino Hijo: desde el día en que nació María, se puede decir que comenzó á aparecer Jesucristo; pues cuando esta Virgen inmaculada, respondió al Ángel que le fué enviado, “que se haga en mí, según tu palabra,” el misterio quedó cumplido.

Entónces no se vió en María más que la apacible luz de aquella celestial aurora; pero cuando se encarnó en ella el Divino Verbo, quedó guardado y oculto en sus purísimas entrañas. El sol de justicia vino envuelto en las primeras claridades de la aurora, y ésta apareció rodeada de esplendentes rayos con los que se iluminó el mundo.

1 S. Joa. XVII, 22 y 23.

2 Eccli. XVII, 16.

3 Mat. XIII, 43.

4 2ª Ad. Cor. III, 18.

5 Cant. VI, 9.

Isabel, saluda humilde á aquella Virgen que venia al mundo á ser la Madre de su Dios; y Juan Bautista, Precursor de este Dios, salta de gozo dentro del vientre de su venturosa Madre. Así es que este sol, ya alumbraba, calentaba é inundaba de gozo al mundo con anticipacion á su nacimiento.

¡Oh María! ¡Vos sois la aurora del sol de justicia! y así como en otra vez lo anunciasteis al mundo, haced ahora que diariamente vengan á precederle en nuestras almas tus resplandecientes luces; que al disiparse las tinieblas que las tienen ofuscadas, se acerquen todos los días al pié de vuestros altares á invocar tu Santo y dulce Nombre; que cuando comencemos á amaros, ¡oh María! estemos mas próximos á amar á vuestro divino Hijo; y que cuando gozemos de los encantadores deleites que hay en Vos, estos deleites no sean mas que los de la piedad cristiana.

"Vamos á Jesus por María." Hé aquí una divisa para nuestras almas. Ellas, entónces, como la naturaleza creada, no pasarán á la hermosa claridad del gran día, sino despues de haber sido iluminadas con las apacibles luces de la aurora.

### LA LUNA.

Su belleza.—Debilidad é inconstancia de la razon.—La luna precede á la noche.—Vicisitudes de las cosas humanas.—La Iglesia.—La resurreccion de la carne.—María entre Jesucristo y la Iglesia.—María bella como la luna.

#### I.

**D**IOS ha creado la luna para presidir la noche.<sup>1</sup> Cuando la luna vá avanzando por la noche en el horizonte de un cielo limpio, y lo vá inundando de claridad, ¡oh! ¡qué dulce es su luz, y cuán llena de encantos!

Entóces derrama en toda la naturaleza, no sé que misteriosa hermosura: nuestros ojos, que temen los rayos del sol, se fijan y descansan contemplando esa pálida claridad, y apesar de la debilidad de nuestros nervios la miramos sin que nos deslumbre.

Por ésta razon en nuestros libros santos, la luna nos dá á conocer lo mudable que es el brillo de las criaturas humanas. ¡Ay de mi! El sol de justicia deslumbra frecuentemente nuestros debiles ojos, y en la oscuridad profunda de la noche del mundo en que nos encontramos, no sabemos fijar nuestro corazon, mas que en las engañosas luces de la naturaleza humana.

#### II.

"No obstante que la luz de la luna es muy inferior á la del Sol, nos ilumina como una lumbrera por las noches sin disipar enteramente sus tinieblas. Además, parece que crece y mengua á nuestros ojos, porque como dice muy bien el autor del sagrado libro del Eclesiástico: "Ella es la que mide el tiempo y señala los cambios del año."<sup>2</sup>

1 Genes. I, 16.  
2 Eccli. XLIII, 6.

“De aquí proviene—dicen los doctores de la Iglesia—que se haya tomado la luna mas comunmente como el símbolo de la débil razon humana, cuando desprovista de la fé, no tiene para nosotros mas que pálidos é inciertos resplandores.

“La luna preside en la noche de la humanidad caída, como el esplendor del Sol divino de justicia preside al gran día de la vida cristiana.

“Mudable é inconstante la débil razon humana, se deja arrastrar por todas las locuras del error; por eso el Espíritu Santo compara al insensato con la luna, cuando dice: <sup>1</sup> “El hombre santo permanece en la sabiduría como el Sol; pero el necio se muda como la luna.

### III.

“San Ambrosio nos invita á estudiar las misteriosas lecciones que nos dan los fenómenos y aparentes cambios del astro de la noche.

“Ellos nos enseñan—dice <sup>2</sup>—que todo lo que es humano en este mundo, está sujeto á disminuirse y á perecer. Si la luna que ha recibido de Dios el encargo de iluminar el Universo entero, no crece sino para menguar en seguida; si todo lo creado, hasta el mismo cielo, no llega á la cima de la perfeccion, sino para descender rápidamente por los mismos grados, ¿por qué nosotros no aprendemos á no desmayar en las adversidades, y á no enorgullecernos en la prosperidad? ¿Por qué ántes que todo, hacemos tanto alarde de nuestro poder, de nuestras riquezas, de nuestra fuerza y hermosura, bienes todos transitórios y perecederos, y no nos adherimos al bien único y verdadero que és la divina gracia? Si nuestros ojos como que se entristecen en los aparentes menguantes de la luna, que en verdad no disminuye, sino para volver á aparecer bien pronto en toda su belleza y plenitud, ¿cómo no deberemos contristarnos aun mucho más, mirando que habiendo progresado nuestras almas por espacio de algun tiempo en la virtud, no supieron mantenerse en sus buenos propósitos, sino que mudando de sentimientos y de conducta, han llegado á hacerse semejantes al insensato de quien está escrito, que cambia y se muda como la luna <sup>3</sup>?”

### IV.

“La luna toma su claridad del sol, y en esta razon, se apoyan principalmente los Santos Padres, para ver en este astro un bello símbolo de la Iglesia.

“En efecto—dice San Jerónimo—:” la Iglesia recibe toda su luz de

<sup>1</sup> Eccli. XXVII, 12.

<sup>2</sup> S. Ambr. Hexam. lib. IV.

<sup>3</sup> Eccli. XXXVII, 12.

“Aquél que es la verdadera luz, la luz de los hombres, y el esplendor de la gloria de su Padre.” <sup>1</sup>

“Jesucristo existe ántes que la Iglesia:” y por eso San Agustin aplica á esta anterioridad de Jesucristo, las palabras del Salmista: <sup>2</sup> “Él permanecerá con el sol, y ántes que la luna.”

Permanece, pues, Jesucristo en el cielo con todo el brillo de su divina gloria; precediendo á la luna, porque Él es el primero que nació triunfante entre los mortales y ántes que la Iglesia, donde van pasando una despues de otra las generaciones que se suceden.

“La Iglesia—dice San Agustin—no quedó constituida definitivamente sino despues de la Ascencion del Salvador, y solo entónces desplegó todas sus gerarquías, afirmada en la predicacion de sus Apóstoles.” <sup>3</sup> En este sentido, segun declara tambien San Gregorio, <sup>4</sup> “deben interpretarse aquellas palabras de Habacuc:” El sol se elevó, quedando la luna en el lugar que le fué señalado. <sup>5</sup> *Sol elevatus est, et luna stetit in ordine suo.* <sup>6</sup>

### V.

Finalmente—sigue hablando San Agustin—la Iglesia tiene sus crecientes y menguantes á manera de la luna. Primero tuvo su origen y comenzó á formarse: despues se desarrolló; y ahora parece que mengua de nuevo, como la vida humana, á la vez que se va acercando al término que tiene señalado para unirse entónces con su divino esposo. <sup>7</sup> O bien, siguiendo el parecer de San Jerónimo, debemos entender que la Iglesia crece y mengua á nuestros ojos, segun los días de prosperidad ó de prueba que Dios le va mandando. <sup>8</sup>

No porque el astro de la noche tenga sus menguantes, pierde por eso su hermosura: lo mismo pasa con la Iglesia. Ella es la esposa muy amada del Salvador, de lo cual nos dice el Cantar de los Cantares: “que es hermosa como la luna.” *Speciosa ut luna* <sup>8</sup>

“Sí, es bella, como la luna—prosigue San Ambrosio—porque su luz esclarece al mundo, y disipando sus tinieblas, parece que nos dice: se acaba la noche, y viene el día.—Como la luna, la Iglesia tiene sus nuevas crecientes á proporcion de sus menguantes; así es que bien podemos decir, que si la persecucion la hace menguar, la heroica constancia y la confesion de sus mártires, constituyen sus mas bellos triunfos. Semejante con toda verdad á la luna, que toma del sol, su divino hermano, todo el brillo y la

<sup>1</sup> S. Hieron. com. in Habacuc, II, c. 3.

<sup>2</sup> Ps. LXXI, 5.

<sup>3</sup> Aug. in ps. LXXI, 8.

<sup>4</sup> Greg. Mag. Moral. Lib. XXVII.

<sup>5</sup> Hab. III, 11.

<sup>6</sup> Aug. in ps. CIII, serm. III, 19.

<sup>7</sup> Hieron. in Hab. lib. II, c. 3.

<sup>8</sup> Cant. VI, 9.

“gracia de la inmortalidad, la Iglesia recibe de Jesucristo todo lo que pö-  
“see, á fin de poder exclamar con evidencia: “Yo vivo; pero no vivo Yo,  
“sino que Jesucristo es el que vive en mí.”<sup>1</sup>

VI.

Ya lo dejamos dicho: la Iglesia va pasando por diversas faces, lo mismo  
que el astro de la noche, y seguirá su camino con él, mientras dure su man-  
sion sobre la tierra; mas vendrá un día, en que llegará á alcanzar su glorio-  
so fin, que es el cielo. Entónces será, cuando los elegidos brillarán como  
el sol en presencia del Señor, y cuando toda carne resucitada alabará á su  
Dios.

“San Agustín aplica á este triunfo final de la Iglesia, aquellas palabras  
“del Profeta Rey: “Yo he jurado á David, y mi juramento será irrevocá-  
“ble: su raza permanecerá eternamente; su trono será como el Sol en mi  
“presencia, y como una eterna luna en toda su plenitud, para que sea en el  
“cielo un testigo fiel.”—“Si solo nuestras almas hubiesen de arribar á la  
“perfección eterna, sigue diciendo el mismo Santo, Dios hubiera comparado  
“esta raza de David, únicamente con el Sol, que es la Iglesia de los escogi-  
“dos; porque escrito está, que los justos brillarán como el Sol en presen-  
“cia de Dios; mas porque nuestros cuerpos debían de resucitar, la Iglesia  
“triumfante se compara igualmente á la luna, que es el símbolö de nuestra  
“humana fragilidad. Y este astro en toda su plenitud será eternamente á  
“la vez el emblema y el testigo fiel de nuestra resurreccion, por la dura-  
“cion inmensa de la eternidad.”

“Entónces volverá el Señor á crear un cielo nuevo y una tierra nueva;  
“y tambien sucederá, lo que anunciaba el profeta Isaías: “que la luz de la  
“luna llegará á ser semejante á la del sol.”<sup>2</sup> Y en verdad, que participan-  
“do la Iglesia de las recompensas de su divino Esposo, no tendrá con Él,  
“más que un mismo esplendor y una misma gloria.”<sup>3</sup> *Erit lux lunæ, sicut*  
“*lux solis.*”

VII.

S. Bernardo considera á María, bajo la figura de aquella mujer, que el  
Apocalipsis nos presenta, <sup>4</sup> “rodeada del sol y con la luna puesta á sus  
“plantas.”—“Está rodeada del sol—sigue diciendo este Santo Doctor, por-  
“que ninguna criatura, ántes que Ella, ha sondeado los abismos sin fondo  
“de la divina Sabiduria; y ninguna mejor que Ella ha sabido revestirse de  
“Jesucristo.

1 S. Ambr. Hexam. lih. IV. cap. 8.  
2 Isai. XXX, 26.  
3 S. Aug. in ps. LXXXVIII, se rm. II.  
Apoc. XII, 1.

Tiene la luna puesta á sus plantas. . . . Si, este astro en sus mutaciones,  
es la imágen del insensato de quien está escrito, “que cámbia como la luna:”  
¿no es á María á quien conviene mejor el hollar con sus plantas la locura  
humana, puesto que és la más sábia entre todas las vírgenes, y que como  
estaba profetizado habia de quebrantar con sus plantas la cabeza de la an-  
tigua serpiente, principio de la locura humana y madre de la mentira. . . . ?

Mas si la luna se nos presenta como el símbolo de la Iglesia, ¿que cosa me-  
jor podemos hacer, los que tenemos la dicha de pertenecer á ella, que colo-  
carnos bajo las plantas de María, abrazándola con amor, y no dejar que se  
aleje de nosotros sino hasta que nos haya dado su bendicion, como que es  
muy poderosa?

María está entre el sol y la luna, es decir: entre Jesucristo y la Iglesia. <sup>1</sup>

VIII.

Y si á la santa Iglesia se le aplican estas palabras: “Bella como la luna”  
¿no podré aplicarlas tambien á vos ¡oh María! que sois con toda verdad,  
la dulce y benéfica luz, que esclarece la noche del pecador? Este infeliz vi-  
ve en las tinieblas: todos los puntos del cielo están oscuros para él, si, to-  
dos, ménos el vuestro. ¡Oh ástro de la noche, oh refugio del pecador, oh  
María! Vos guiáis sus pasos inciertos; Vos lo apartais de los abismos, y  
con vuestra dulce caridad, que tanto lo consuela, lo vais canduciendo poco  
á poco, hasta llegar al grande luminar de los cielos, que es el sol divino de  
justicia.

Los ángeles son el orbe del cielo, pero siempre están reflejando su  
luz sobre nosotros, esta luz es la que nos dirige al traves de las olas del  
océano y hasta los confines del mundo. Así tambien las ángeles, que pri-  
mitivamente aborran la corte del cielo, se dignan de ser enviados hasta noso-  
tros, para guiarlos en todos nuestros caminos.  
El Tagarismo tributaba á las estrellas un culto ímpio, porque se imagi-  
naba que cada hombre nacia bajo la influencia de cierta y determinada es-  
trella; la religion cristiana ha destruido tan extravagante error, enseñando  
que Dios en su bondad ilumina la conciencia cada uno de nosotros, sin que  
a uno de sus ángeles para que nos guíen de guinda. *Luc. 12, 35.*  
¡Oh! que dulce es este pensamiento! Nuestra estrella es para nosotros  
almas el ángel de nuestra guarda, y cuando dirigimos nuestros pasos  
la tierra del firmamento, sobre esas bellísimas estrellas que tanto lo adornan,  
sean, creemos ver más allá, y sin embargo más cerca de nosotros, la estel-  
la misteriosa é invisible que dirige nuestra tiniebla y nos aparta de los  
peñales, hacia las últimas de las que las que

1 S. Bern. Domi. infr. Arsump. Serm. de duodec prerrogat. D. M. V.